

los aristócratas cansados ya de la democracia, excitaron de tal modo á la plebe, que en un día dado se sublevó contra los ciudadanos mas acomodados y pasó á cuchillo á 1,200 de ellos. Esta horrorosa escena, que es conocida en la historia de Grecia con el nombre de *scytalismos*, y que causó verdadero terror en todas partes, especialmente entre el ilustrado demos de Atenas, terminó con la muerte, á manos del pueblo de Argos sediento de sangre, de los demagogos que, espantados de los frutos de la semilla por ellos sembrada, procuraron poner fin á tantos horrores.

Los movimientos que se realizaban en Arcadia eran muy peligrosos para los espartanos, que tanto tenían que hacer para vigilar á los ilotas y á los mesenios. En aquella comarca comenzó á levantarse el tan maltratado pueblo de Mantinea. De acuerdo probablemente con Epaminondas y en todo caso seguras de su proteccion, se reunieron en 371 las comunidades aliadas, y comenzaron á construir las murallas de una nueva ciudad, en la cual pudiesen todas ellas establecerse. Su aversion hacia Esparta era tal, que la política de Agesilao no pudo salvar las apariencias, ni convencer á los mantineos de que prestasen su adhesion al *sinocismo* de Esparta. Como la nueva convencion de Atenas protegía á Mantinea, levantada de sus propias cenizas, contra todo ataque de los espartanos, convirtióse entonces la ciudad en el punto de partida de un movimiento de unidad arcadia, coronado por el mas feliz éxito. La comarca que se extendía por el corazon del Peloponeso y que hasta entonces solo habia servido de depósito de soldados para Esparta ó de patria de donde salían mercenarios para todo el mundo, vió levantarse en su seno un partido democrático que, formado probablemente á ejemplo del beocio, y conociendo las fuerzas materiales del pueblo arcadio, que en tiempo de Jerjes podia poner en pié de guerra 25,000 hombres, trabajaba con energia para conseguir que su Estado figurase en lo sucesivo en el número de las potencias independientes de Grecia. Los objetos que este partido se proponía eran la completa separacion de Esparta y la formacion de un fuerte Estado arcadio único: su jefe era Epaminondas, estando, además, dirigido por los demagogos de Tegea y Mantinea, entre los cuales se contaba un hijo de esta última ciudad, llamado Licomedes, que, en abierta oposicion con las familias nobles de Tegea y Orcomene, partidarias de los espartanos, se habia dado á conocer por sus nuevos planes, en cuanto comenzó á levantarse Mantinea. En otoño de 371 se habia ya conseguido crear un Estado general arcadio, un gobierno comun, un poder legislativo y un ejército aliado. Con los llamados diez mil quiso formarse una asamblea, en la cual figurase toda la burguesía: la Arcadia debia reunirse en períodos determinados en la capital de la comarca, que aun habia de levantarse, conocer de todos los negocios importantes del país, elegir los funcionarios que residieran en la capital y tener á su disposicion un ejército permanente de 5,000 hombres, llamados eparitas. Quiso construirse la nueva capital, Megalópolis, en la fértil llanura que se extendía al Sur de Arcadia, á una legua del Alfeo y en las orillas del Heliso que lleva á aquel las aguas del Menalon, levantándose de este modo contra Esparta un formidable baluarte en las fronteras de los menalios y de los parrhasios, en el punto en que se cruzaban las vías militares que ponían en comunicacion la Mesenia, la Laconia y el valle del Eurotas.

Durante la primavera de 370 reunióse en Tegea un sínodo arcadio que adoptó estos planes y eligió una comision de diez individuos, en la que entraban por igual Mantinea, Cleitor, Tegea, el territorio de los parrhasios y el de los menalios, y que con auxilio de 1,000 tebanos, dirigidos por Pammenes, general de la escuela de Epaminondas, debia dirigir la construccion de Megalópolis, ciudad que debia ser

plaza central de primer órden. Circundóse la nueva capital con una muralla de 50 estadios (dos horas y media) y se designó el Thersilion como punto en donde debia reunirse la asamblea de los diez mil. Grandes dificultades se presentaron cuando se trató de poblar la ciudad y de dar cumplimiento á los demás acuerdos tomados por los arcadios. Solo con grandes trabajos, y algunas veces aun apelando á la fuerza, se pudo convencer á los habitantes de las poblaciones agricolas á que trasladasen su residencia á la capital, abandonando sus antiguas moradas de los campos y de los bosques. Muchos lugares aristocráticos y adictos á Esparta, como Orcomene y Herea, se negaron á aceptar las innovaciones arcadias é hicieron los preparativos necesarios para resistir á sus compatriotas. En Tegea ocurrieron sangrientas escenas: al exigir el nuevo gobierno la sumision de aquella antigua y orgullosa ciudad, levantóse en el verano de 370 no solo el poderoso partido aristocrático, dirigido por el inteligente Stasippo, sino tambien una gran parte de los ciudadanos de opiniones conservadoras que no querían renunciar á la autonomia de su ciudad. En un principio los demócratas unitarios se vieron derrotados, pero cuando recibieron notables refuerzos de Mantinea, vencieron por completo á los guerreros de Stasippo: 800 de estos dirigieron á Esparta y 600 perecieron á manos de sus enemigos que les hicieron comparecer ante un tribunal formado por los mantineos, les condenaron á la última pena y les dieron muerte.

En tales circunstancias, los espartanos se vieron obligados á empuñar las armas: tratábase de vengar á Stasippo, de reunir en Arcadia el partido espartano y de destruir sobre todo el Estado unitario arcadio, antes de que pudiesen intervenir en la lucha los refuerzos de Epaminondas. Declaróse, pues, formalmente la guerra á Mantinea: Orcomene recibió un cuerpo de ejército mandado por el espartano Politropo y compuesto de 1,000 hoplites (acedemonios y mercenarios), 500 beocios y emigrantes argivos y además la caballería de los flisios, viéndose en su consecuencia los mantineos obligados á abandonar sus fronteras septentrionales. Mientras los arcadios unitarios dirigían á Asea sus milicias, solicitaban el auxilio de Argos y de Elis, y finalmente despues de haber visto rechazadas en Atenas sus proposiciones pedían á Tebas un socorro que les fué concedido de buen grado, invadió Agesilao en el otoño de 370 la Arcadia con todas las tropas laconias disponibles, que habian sido reforzadas por los contingentes triflios y hereos y por los emigrantes de Tegea. Al llegar á Eutea, ciudad de los menalios, quiso el rey espartano reunirse con el ejército de Orcomene que atacaba á Mantinea; pero habiendo Licomedes de Mantinea, en un ataque junto á Orcomene derrotado á los peltastes de Politropo que se lanzaron impremeditadamente á la lucha, no pudo ya contar Agesilao con las tropas de esta ciudad, y en su vista invadió á Tegeatis y asoló los alrededores de Mantinea. No pudo, sin embargo, conseguir otra cosa mas que amedrentar á los arcadios, que faltos del auxilio de los tebanos no se atrevieron á atacarle, y regresó durante el invierno á Esparta, mientras las milicias arcadias se dirigían á Herea y devastaban la comarca.

#### VIII.—LOS TEBANOS EN LACONIA. RESTABLECIMIENTO DE MESENIAS. POLÍTICA Y PODER DE EPAMINONDAS

Un gran desastre debia pesar sobre Laconia, ante cuya inminencia habíase decidido Agesilao á regresar á toda prisa á su patria. Los beotarcas tebanos, Epaminondas, Pelópidas y demás colegas se encontraban militar y políticamente en disposicion de conducir á Arcadia grandes masas de soldados auxiliares y de comenzar una guerra de

venganza contra Laconia. Atravesaron sin obstáculo alguno el istmo, en diciembre de 370, con 6,000 tebanos y un considerable refuerzo que habian recibido de la Grecia central, y se reunieron en Mantinea con los contingentes de los arcadios, argivos y eleos. Habiendo Agesilao abandonado la comarca, la tarea que debían llevar á cabo los tebanos se hacia mucho mas fácil. Los arcadios, argivos y eleos dirigieron energicamente con los beotarcas contra Esparta: en un principio solo Epaminondas se inclinaba á esta guerra, pues los demás jefes temían los peligros de una expedicion llevada á cabo durante el invierno en las altas montañas de Laconia, de tan difícil acceso, y quizá lo que mas temor les infundía eran los castigos que la ley de la patria imponía á los beotarcas que continuaban en su cargo trascurrido el tiempo por el cual habian sido elegidos, circunstancia en que ellos se encontraban cuando, á fines del año, se invadió la Laconia. Pero cesó este temor cuando de esta misma comarca llegaron un sinnúmero de mensajeros que les llevaban noticias del cuartel general y les enteraban del deseo de los periecos de sublevarse contra Esparta, de la escasa defensa del paso de las fronteras, y especialmente de la sublevacion que habia estallado en las provincias mesénicas. El afán de rapiña, la sed de venganza, el deseo de hacer pagar á Esparta la servidumbre y las violencias cometidas durante tantos años, hicieron que se reuniesen en la Arcadia meridional numerosas fuerzas. Epaminondas y Pelópidas que tomaron el mando de las tropas, vieron agrupados en Tegea en torno de su bandera 70,000 hombres, entre los cuales se contaban 40,000 hoplites. Este ejército dividido en cuatro columnas invadió, en los últimos dias de 370, desde Tegeatis, la Laconia, animado del ardiente deseo de aniquilar por completo á Esparta. Al llegar á Selsia se unieron de nuevo los cuatro cuerpos de ejército y, despues de asolar cuanto encontraron al paso, se arrojaron sobre el valle del Eurotas, mientras veían engrosarse sus filas con los sciritas, los ilotas y los periecos que en masa desertaban del campo espartano.

Agesilao, en esta terrible calamidad que caía sobre su Estado, calamidad que despues de todo él habia motivado su política, fué el salvador de los espartanos. Apoyado únicamente por los espartanos dorios, los neodamodes y los muchos emigrantes aristocráticos, sin poder contar con los aliados del Peloponeso ni con el ejército de Atenas, que habian desoido sus demandas de auxilio, tuvo que limitar por de pronto su tarea á salvar la existencia de Esparta, conservando energicamente todas sus tropas en este punto, evitando todo movimiento imprudente, por exigirlo así el honor, el orgullo y la creciente desesperacion de los espartanos y de sus mujeres, y castigando severamente el menor acto de traicion. Dispúsose dar la libertad á todos los ilotas que empuñasen las armas en favor de Esparta: 6,000 acudieron al llamamiento. Cuando Agesilao hubo tratado en vano de impedir á los enemigos que atravesasen el Eurotas, cuya corriente se habia engrosado extraordinariamente, y al ver que levantaban un campamento fortificado, comprendió que debia proteger contra el ataque impetuoso y hábil de los generales tebanos, á la ciudad de Esparta que, desprovista de murallas, solo podia defenderse por su ventajosa situacion. Esta tarea, que podia llevar á cabo mas fácilmente gracias á la llegada de 4,000 hombres del Norte y Nordeste del Peloponeso, la cumplió el anciano héroe con mano maestra.

La situacion de los tebanos se iba haciendo cada vez mas difícil, de suerte que tuvieron que abandonar el bloqueo de Esparta. Sus aliados peloponesios regresaron á sus hogares cargados de botín; la carestía comenzó á dejarse sentir en la comarca laconia, horriblemente devastada, y el invierno del Taigeto se presentó con todos sus rigores. En tales circuns-

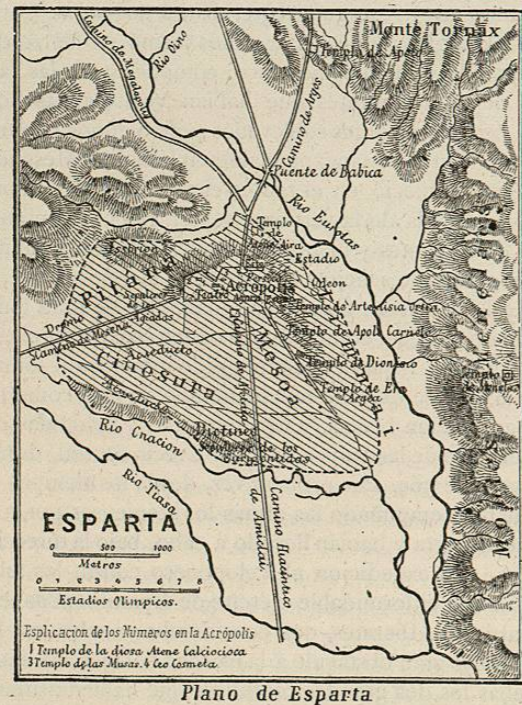
GRECIA Y ROMA

tancias, Epaminondas desistió de su intento de destruir inmediatamente Esparta y se apresuró á llevar la guerra á otra parte. Dirigióse primero hacia el Sur, llegando hasta las orillas del golfo laconio, despues de haber sembrado la ruina por doquier; se apoderó de Gytheion y destruyó los arsenales de la marina de guerra espartana. Regresó despues á Arcadia, en donde ayudó á poner en órden los asuntos relativos á la unidad del Estado, y aceleró con mano fuerte la construccion de Megalópolis. Por fin, encaminóse á Mesenia, en donde los espartanos apenas podían sostenerse contra las masas por completo sublevadas, y contra la multitud de emigrados mesenios que, procedentes de distintos puntos del mundo griego antiguo, regresaban á su patria. Con auxilio de los argivos y de los arcadios formó en marzo de 369 en el Estado y pueblo mesénico, compuesto de las familias ilotas, de los emigrantes que habian vuelto á sus hogares, de los periecos laconios sublevados y de algunos extranjeros, un nuevo centro casi inexpugnable en la capital Mesene, cuya acrópolis estableció en el tan celebrado Ithome, extendiéndola por la falda de la vertiente septentrional del monte, rodeada de elegantes y macizas murallas. Fueron tambien objeto de importantes mejoras otras plazas mesénicas que, como Pylos y Eira, habian gozado antiguamente de gran fama.

A fin de proteger contra las iras de los espartanos el espíritu de oposicion á Esparta que tan rápido incremento tomaba en Mesenia, dejóse durante mucho tiempo en esta comarca una fuerte guarnicion beocia, y Epaminondas y Pelópidas condujeron el resto de las tropas hacia la Grecia central, durante la primavera de 369. Por primera vez, desde los tiempos de Cimón, habian empuñado las armas los atenienses por la salvacion de Esparta y habian llevado á cabo, bajo la direccion de Ificrates, una expedicion al Peloponeso contra los tebanos. Pero cuando el formidable ejército de Epaminondas se aproximó al istmo, Ificrates, que consideraba ya salvada á Esparta, no opuso gran obstáculo á la marcha del ejército enemigo. En Tebas los dos grandes caudillos, que habian asumido en sus personas toda la responsabilidad, á consecuencia de haber conservado la beotarquia cuatro meses mas de lo que debían, tuvieron que sufrir el proceso que contra ellos intentaron la envidia y la tenaz pedantería de los radicales, dirigidos por Meneclidas, á pretexto de una violacion constitucional, proceso que terminó, como era de esperar, con un brillante triunfo de los dos generales vencedores.

Con razon debían estar orgullosos los tebanos de una expedicion tan gloriosa y tan rápidamente llevada á feliz término. La consideracion de Epaminondas se aumentó de un modo extraordinario al ver que habia vengado la antigua afrenta que Esparta habia inferido algunos siglos antes al pueblo hermano de Mesenia. Los observadores de la posteridad admiraron en Epaminondas á un hombre de Estado, que nada hacia á medias y que llevaba á cabo cuanto emprendía con grandes miras, con un tacto altamente práctico y con prodigiosa fuerza. Sin embargo, sus creaciones no atrajeron ninguna prosperidad sobre Grecia, en parte á causa de sus faltas personales. Una de las cosas de que mas orgulloso podia mostrarse fué una desgracia para los helenos: nos referimos al restablecimiento de Mesenia que, en pequeña escala, significaba para la historia antigua lo que significaría en nuestros dias una separacion de Polonia del imperio ruso, ó una restauracion del Estado sarmático de Varsovia. Lo que en tiempo de Periandro habria podido tener existencia propia, fué entonces una simple creacion artistica. El nuevo pueblo mesénico no habia ofrecido otro Aristomenes, y desempeñó durante la liga aquea un papel meramente secundario. Era un gran perjuicio para Grecia la existencia de un Estado, que erigiese en principio fundamental las malas tendencias de los

helenos de acomodar la conducta política en las grandes cuestiones nacionales á sus personales simpatías ó antipatías, como naturalmente habia de acomodar la Mesenia por su enemistad, de antiguo heredada, contra Esparta. Epaminondas creia probablemente haber hecho mucho con reducir á Esparta á su territorio del Eurotas y con haberla circundado de una verdadera cadena de fuertes ciudades enemigas; pero la principal creacion que á este efecto llevó á cabo, Megalópolis, solo pudo prosperar con extraordinaria lentitud, de suerte que solamente ocho años mas tarde, cuando habia cambiado completamente la política del mundo, pudo alcanzar



cierta importancia histórica, en la última fase del helenismo, ya en vías de desaparecer. Epaminondas hubiera hecho mucho mejor en destruir por completo á Esparta, que en humillar en tanto grado á la que por mucho tiempo habia sido la primera potencia del Peloponeso y en rebajar la orgullosa creación del implacable Agesilao, á la cual dejaba, además de la existencia, una parte de fuerza para tomar en su día venganza. Ya podía comprender que Esparta haria todo lo imaginable para romper la cadena que la rodeaba; no podía tampoco ocultársele que el nuevo estado de cosas creado en el Peloponeso no ofrecia garantía alguna de paz ni de duracion; que toda la defensa misma debia correr á cargo de Tebas, y que para la generacion contemporánea la grandeza de su Estado solo descansaba en él y en Pelópidas. Epaminondas hubiera debido ser inmortal, ó por lo menos vivir treinta años mas, para ir educando á su pueblo, cuya ilustracion estaba muy por debajo de la ática, hasta hacerle alcanzar el grado de cultura que debia tener el nuevo señor de Grecia, ó para formar, á lo menos, una escuela de hombres de Estado y de generales que hubiesen podido completar durante algunas décadas la obra tan brillantemente por él iniciada.

Era evidente que la impetuosa acometida de los tebanos contra Esparta no habia producido un resultado definitivo. Nada tenian preparado los del Peloponeso: Esparta habia echado mano de todas sus fuerzas para luchar contra los mesenios, los sublevados periecos y los arcadios. Los lepreatas, los arcadios aristocráticos, los aqueos, Sicione, Flio, Corinto y otras muchas ciudades de la Argólida, se unieron á la potencia antes predominante, y gracias á sus leales simpatías y á

su cooperacion, sucedió que, al retirarse los beocios, Esparta, sus aliados y Atenas formaron una liga, á consecuencia de la cual los atenienses volvieron á entrar en posesion permanente del comercio continental, hasta que hubieron terminado todas aquellas luchas. Los espartanos, para robustecer sus fuerzas, y despues de haber sido desoidas sus demandas de auxilio por el rey de Persia, que les consideraba ya como una comunidad sin poder alguno, aliáronse con la corte de Siracusa.

IX.—SOBERANÍA Y PODER DE DIONISIO I DE SIRACUSA. DIONISIO DE SIRACUSA Y LOS ATENIENSES ALIADOS CON ESPARTA

Dionisio I, tirano de Siracusa, desde la paz de 404 con Cartago, habia procurado consolidar su poderío, y convertido la antigua ciudad isleña de Ortigia en una formidable ciudadela que solo albergaba á sus mercenarios y partidarios mas ardientes. Habia, además, aumentado la burguesía del resto de la ciudad con esclavos emancipados, y apoderándose de una parte de los bienes de la rica aristocracia para repartirlos entre los mas pobres de sus adeptos. En este estado, comenzó una guerra de conquista contra las indómitas tribus sicelias y, despues de dominar un levantamiento de los siracusanos, dirigió sus fuerzas contra las ciudades griegas de la Sicilia septentrional y la baja Italia. En 403 habia ya conquistado el tirano todo el Norte de Sicilia, excepto Mesana, aliándose con la Esparta de Lisandro, en virtud de las relaciones amistosas que con este mantenia. Con gran desprecio de los corintios, los espartanos eran en aquel tiempo los que con mas empeño ofrecian su proteccion á Dionisio, el cual, por su parte, procedió con infatigable actividad, y supo poco á poco, atraerse en Sicilia las simpatías de las tribus sicelias, ofreciendo además su apoyo á una parte de los sabelios que desde 438 se extendieron como conquistadores por las costas griegas de la baja Italia. Algunos campanios, dueños, desde 420, de Capua, se establecieron á instancias suyas en Sicilia, formando, á partir de esta época, como mercenarios, una parte importantísima del ejército reclutado en las plazas occidentales. Dionisio, con la idea de restablecer el honor de sus armas en frente de los cartagineses, fortificó en 402 la temible altura de Epipole que se alzaba delante de Siracusa; hizo grandes aprestos así por tierra como por mar y comenzó de nuevo en 397 la guerra contra la gran potencia africana que se encontraba entonces asolada por la peste. Esta lucha estuvo hábilmente dirigida y los preparativos se hicieron con todos los requisitos necesarios. En 399 una comision de sus técnicos aprobó los dos grandes progresos que entonces se alcanzaron en la náutica griega y en el arte de la guerra, á saber, la construccion de penteras ó barcos de cinco bancos de remeros, y la formacion de una especie de artillería consistente en grandes máquinas horizontales llamadas catapultas que en cierto modo pueden ser comparadas con las colosales balistas que durante la edad media se usaban para la defensa de nuestras ciudades. La guerra, que sorprendió de un modo desagradable á los cartagineses, y que tenia por objeto libertar á todos los siceliotas de la soberanía púnica, prosiguióse con regular fortuna. Inaugurada con el saqueo y matanza de los cartagineses de Agrigento y Selinunte, atacadas por el mismo Dionisio en persona al frente de 80,000 infantes, 3,000 caballos, 200 buques de guerra y 500 de carga, despues de la conquista de las fortalezas púnicas de Erix y Motye, comenzó á tomar un sesgo desfavorable á los griegos cuando el general púnico Himilcon se presentó en 396 ante el príncipe de Siracusa, al frente de fuerzas marítimas y terrestres superiores á las de este último. Erix y Motye fueron pronto reconquistadas, y cuando Dionisio regresaba á Siracusa, los siceliotas y los si-

celios comenzaron á sublevarse contra él. Himilcon, que recorria las costas septentrionales de Sicilia y habia conquistado y asolado á Mesana, despues de una victoria naval obtenida sobre los griegos en Catana, pudo bloquear por tierra y por mar la poderosa ciudad de Siracusa. Protegidos los siracusanos por Esparta y Corinto, tuvieron además el poderoso auxilio de una peste que asoló el campamento enemigo. De este modo encontró Dionisio ocasion para intentar un levantamiento proyectado con suma habilidad, que dió lugar á una gran victoria sobre la escuadra cartaginesa y á un triunfo no menos importante sobre el ejército de tierra. Ricos presentes de Himilcon y algunas consideraciones de prudencia egoísta, que solian presidir en el ánimo del tirano, le indujeron á no poner obstáculo alguno al regreso de aquel y de todos los cartagineses á su patria. El resto del ejército de tierra púnico fué destruido, ó entró, como lo hicieron principalmente los mercenarios iberos, al servicio de Dionisio. En 395, mientras Himilcon se suicidaba en su patria y los cartagineses tenian que dominar una sublevacion de las tribus libias independientes, pudo Dionisio conquistar toda la Sicilia griega, inclusa Mesana, á la cual devolvió su perdido esplendor, y aun una serie de aldeas sicelias. En cambio dejó astutamente de hostilizar á la Sicilia púnica, tanto mas, cuanto que deseaba conquistar la italiana Reggio, ciudad en la cual se habian refugiado los emigrados siracusanos, sus mortales enemigos. Entonces comenzó una serie de luchas, en el trascurso de las cuales, por un lado se unieron estrechamente entre sí los italiotas, y por otro consiguió Dionisio aliarse con la tribu salvaje y merodeadora de los sabelios, que habia derrotado á los antiguos pueblos sicelio-enótricos, y que entonces hostilizaba á los italiotas en el golfo de Metaponto y en la actual Calabria. Dionisio, en 392, tuvo que habérselas con un fuerte ejército cartaginés mandado por Magon, y esta vez fué tan afortunado, que los cartagineses firmaron con él una paz que le reconocia todas sus posesiones y la supremacia sobre los sicelios. Seguro ya por lo que á los cartagineses se referia, firmó Dionisio una alianza con los locrios epizefirios, dirigióse impetuosamente á Reggio, y comenzó en 390 la guerra, en la cual muy pronto se vieron mezclados los lucanios y los italiotas. Despues de algunos rudos combates y de prudentes negociaciones diplomáticas para aislar á los de Reggio, y tras un largo sitio, pudo al fin el tirano en 387 conquistar la ciudad, que fué vilmente destruida.

A partir de esta época y de esta victoria, que tanta fama le valió, y que entre sus amigos los espartanos puso su nombradía al nivel de la de Antálcidas, avanzó Dionisio por la Italia, apoderándose en 397 de Crotona. Entre los italiotas solo podia contrabalancear la importancia de los siracusanos los tarentinos, que se regian democráticamente desde la derrota sufrida en 474 por su aristocracia en guerra contra los mesapios, y que entonces (400 á 365), dirigidos por su gran conciudadano, el pitagórico Arquitas, hombre famoso como particular, como hombre de Estado y como general, mantenian una poderosa y segura organizacion interior y ostentaban en el exterior considerables fuerzas. Mas á pesar de todo, no pudieron impedir que Dionisio se apoderase de la soberanía del Adriático, ocupase la isla de Faros (hoy Lesina), Hatria, situada en el delta del Po y famosa por el comercio de ámbar, é Ilisso (hoy Alesio) en las costas ilirias, y que atacase enérgicamente el Epiro, como posteriormente en tiempo de los Comnenos habian de atacar los normandos el Sur italo-siciliano.

En 384 armó al Oeste de Italia una gran expedicion en corso contra las costas de Córcega y especialmente contra la Etruria. Los mismos celtas de la Italia superior entraron en relaciones con él y le proporcionaron un cuerpo de tropas

auxiliares. Dionisio supo conservar hasta su muerte (367) la plenitud de su poder, que en nada habia variado á pesar de las dos expediciones contra los cartagineses, una en 383, en la cual se perdió Selinunte, y otra en 368, cuyos resultados fueron la reconquista de esta ciudad y el fracaso de los griegos ante la fuerte Lilibeo (hoy Marsala) fundada en 397 por los cartagineses. En Dionisio veíanse mezcladas las mas grandes y las mas groseras cualidades; como político y hombre de Estado poseia una prudencia y habilidad extraordinarias; estaba dotado de excelentes dotes militares; era ingenioso; favorecía á menudo la fortuna, y poseia en alto grado la condicion hereditaria de los griegos tiranos, la sospecha. Sentíase, tambien, inclinado á la dureza y á la crueldad, sin mostrarse por esto partidario de la efusion inútil de sangre, y sin que por regla general se cebase en los enemigos vencidos en la guerra. Su eterna desconfianza se mostraba en las medidas de precaucion, tan gráficamente descritas por la fantasia de los griegos, que tomaba contra las conspiraciones que muy raras veces se fraguan á la vista del hombre tenido por soldado audaz. Su crueldad y su avaricia en los saques de que hizo objeto á los templos, nos dan á conocer la senda que despues siguieron los focenses al saquear á Delfos y los rudos ateos que posteriormente encontramos en el mundo griego. El idealismo que caracterizaba á Gelon no se encuentra en Dionisio, que profesaba el realismo: pero compartió con el vencedor de Himera, muy por debajo del cual estaba, la tarea de conservar el helenismo en Siracusa contra los cartagineses.

Su política violenta tuvo á lo menos por resultado salvar á los helenos de la dominacion extranjera, en lo cual fué mas afortunado que sus amigos los espartanos, que, para conseguir una alianza con los bárbaros, se vieron obligados á cederles una tercera parte de los griegos.

Dionisio habia sabido consolidar su poder, y tambien en esto fué mas feliz que Esparta, de suerte que en 369 pudo prometer y enviar á esta un cuerpo de tropas auxiliares, que sirvieron de mucho á los espartanos.

Desde la retirada del ejército de Epaminondas proseguíase la lucha en muchos puntos del Peloponeso: los arcadios disgregaron de la Laconia el valle del Eurotas, mientras los argivos atacaban á Flio; pero lo principal era que los espartanos, sus aliados peloponesios y los atenienses ponian gran empeño en arrebatar á los tebanos el istmo de Corinto, á fin de poderles separar de los partidarios que tenian en la península, lo cual habia de reportar grandes ventajas á Esparta. En tales circunstancias apresuráronse los tebanos, en el verano de 369, á organizar una expedicion para abrirse de nuevo el paso del Peloponeso y atacar enérgicamente los fuertes restos de la simmaquia espartana. Los atenienses y sus mercenarios á las órdenes de Cabrias, los megarenses, los corintios, los aqueos de Pelene, los lacedemonios, algunos arcadios y lepreatas y los contingentes de las ciudades de la Argólida oriental y meridional, formando un conjunto de 20,000 hombres, se fortificaron en Corinto y en la montaña de Oneion, para defender los pasos, cuando los beocios con solo 7,000 infantes y 600 caballos se dirigian al Peloponeso.

Pero aun esta vez se puso la victoria de parte de Epaminondas, el cual pudo atravesar uno de los pasos, probablemente el de Lequeon, y romper la linea de los enemigos que se vieron obligados á retirarse á Lequeon, Corinto y Cencrea. Reunidos entonces los beocios en Nemea con los contingentes arcadios, eleos y argivos, prosiguieron sus operaciones en el interior del Peloponeso. Prescindiendo de que estas luchas del Norte impidieron que los espartanos destruyesen las ciudades de Mesenia y Megalópolis, los tebanos solo reportaron de ellas la ventaja de asegurarse, con la toma de Sicione,